

conocido : era, quizás, que vivía un siglo por segundo.

Ella fué la primera en hablar. Oí sin comprender inmediatamente, pues el timbre argentino de su voz era sobrenatural como su belleza, cuya seducción completaba.

La escuchaba como una música, sin buscar a sus palabras un sentido determinado.

Hice, por fin, un esfuerzo para sacudir aquella embriaguez, y oí cómo me preguntaba si la veía. No sé lo que le contesté, pues ella añadió :

—¿Bajo qué aspecto me ves?

Y sólo entonces noté que me tuteaba.

Sentíme arrastrado a contestarle en igual forma, pues si ella me hablaba como reina, yo, por mi parte, le hablaba como a la Divinidad.

—Te veo—dije—como a un ser al que nada puede compararse sobre la tierra.

Me pareció que se sonrojaba ; pues

mis ojos se habían acostumbrado al fulgor verde marino en que parecía bañada. Veíala blanca como una azucena, con los frescos colores de la juventud sobre las mejillas. Tuvo una sonrisa melancólica que la embelleció más aún.

—¿Qué ves en mí de extraordinario?—me dijo.

—La belleza—contesté brevemente.

Estaba demasiado conmovido para decir más.

—Mi belleza—repuso—es en ti en quien se produce, pues no existe por sí misma bajo forma que tú puedas apreciar. No hay aquí nada mío, excepto el pensamiento. Háblame, pues, como a un alma y no como a una mujer. ¿Qué consejo tienes que pedirme?

—Ya no me acuerdo.

—¿De dónde procede este olvido?

—De tu presencia.

—Procura recordar.

—¡No, no quiero!

—Entonces, ¡adiós!

—¡No! ¡no!—exclamé acercándome como para retenerla; pero me detuve con terror, pues el fulgor palideció súbitamente y la visión pareció borrarse. —¡En nombre del cielo, quedaos!—repose con angustia.—Me someto, soy casto en mi amor.

—¿Qué amor?—preguntó volviendo a hacerse resplandeciente.

—¿Qué amor? ¡No lo sé! ¿He hablado de amores? Pues bien, ¡sí, ya me acuerdo! Yo amaba ayer a una mujer y quería agradarla, hacer su voluntad a riesgo de mis deberes. Si sois una esencia pura, como lo creo, lo sabéis todo. ¿Debo, pues, explicaros...?

—No; conozco los hechos que interesan a la posteridad de la familia cuyo nombre llevo. Pero no soy la Divinidad, no leo en las almas. No sabía que amabas...

—¡No amo a nadie! En el momento presente no amo nada sobre la tierra, ¡y quiero morir, si, en otra región de la vida, puedo seguiros!

—Hablas delirando. Para ser feliz en la muerte, es preciso haber sido puro en la vida. Tienes una misión difícil que llenar, y por esto me has llamado. Cumple con tu deber o no volverás a verme.

—¿Cuál es este deber? Hablad; no quiero obedecer a nadie más que a vos sola.

—Este deber—respondió la nereida inclinándose hacia mí y hablando tan bajo que apenas podía distinguir su voz del fresco murmullo del agua—es que obedezcas a tu padre. Y luego, dirás a la mujer generosa que quiere sacrificarse, que aquellos a quienes complace la bendecirán siempre, pero no querrán jamás aceptar su sacrificio. Conozco sus pensamientos, pues me han llamado y consultado. Sé que luchan por su honor, pero que no les asusta lo que los hombres llaman la pobreza. No hay pobreza para las almas altivas. Díselo así a la que te interrogará ma-

ñana, y no cedas al amor que te inspira, hasta el punto de faltar a tu religión de familia.

—¡Obedeceré, lo juro! Y ahora, reveladme los secretos de la vida eterna. ¿Dónde está vuestra alma en este momento? ¿qué nuevas facultades ha adquirido en este cambio de estado?...

—Sólo esto puedo responderte: La muerte no existe; nada muere; pero las cosas de la otra vida son muy diferentes de lo que los hombres imaginan en el mundo en que te encuentras. No te diré más, no me preguntes.

—Decidme, por lo menos, si volveré a veros en esa otra vida.

—Lo ignoro.

—¿Y en la actual?

—Sí, si lo mereces.

—¡Lo mereceré! Decidme además... Puesto que podéis dirigir y aconsejar a los que viven en este mundo, ¿no podéis compadecerles?.

—Puedo hacerlo.

—¿Y amarles?

—A todos amo como a hermanos con quienes he vivido.

—Amad a uno más que a los otros. Hará milagros de valor y de virtud para que os intereséis por él.

—Que haga esos milagros y me encontrará en sus pensamientos. ¡Adiós!

—Esperad, ¡oh! ¡Dios mío, esperad! Se cree que dais en prenda de vuestra protección, y como medio de evocaros nuevamente, un anillo mágico a los que no os han ofendido. ¿Es verdad? ¿me lo daréis?

—Sólo los espíritus groseros pueden creer en la magia. Pero no tú, tú que hablas de la vida eterna y buscas la verdad divina. ¡Por qué medios podría darte un objeto material y palpable, un alma que comunica contigo sin valerse de órganos reales!

—No obstante, veo en vuestro dedo un anillo resplandeciente.

—Yo no puedo ver lo que ven tus

ojos. ¿Qué anillo es el que crees percibir?

—Un anillo ancho con una esmeralda en forma de estrella, engastada en oro.

—Es extraño que veas esto—dijo después de un momento de silencio; las operaciones involuntarias del pensamiento humano, y la conexión de estos ensueños con ciertos hechos pasados encierran quizás misterios providenciales. La ciencia de las cosas inexplicables sólo pertenece al que sabe la causa y la razón de todo. La mano que crees ver existe únicamente en tu cerebro. Lo que queda de mí, en la tumba, te causaría horror; pero quizás me ves tal como he sido en la tierra. Dime cómo me ves.

No sé qué entusiasta descripción hube de hacerle. Pareció escucharme con atención y me dijo:

—Si soy semejante a esta estatua, no debes extrañarlo, pues le he ser-

vido de modelo. De este modo has despertado en mí la imagen borrosa de lo que he sido, y hasta recuerdo haberme adornado con la pedrería que describes. El anillo que crees ver, lo perdí en una habitación de esta residencia, en donde he vivido; cayó entre dos piedras desunidas, en el hogar de la chimenea. Debía hacer levantar esas piedras el día siguiente, pero al día siguiente estaba muerta. Quizás lo encontrarás, si lo buscas. En tal caso, te lo doy en recuerdo mío y del juramento que has prestado de obedecerme. He aquí el día, ¡adiós!

Este adiós me causó el dolor más atroz que jamás había sentido; perdí la cabeza y me faltó poco para lanzarme de nuevo con objeto de retener la sombra encantadora, pues paso a paso habíame acercado a ella lo suficiente para tener al alcance de mi mano la orla de su vestidura, si me hubiese atrevido a tocarla; pero no me atreví. Ha-

bía olvidado, es verdad, las amenazas de la leyenda contra los que tentasen cometer esta profanación; me encontraba retenido y como anonadado sólo por un respeto supersticioso; mas un grito de desesperación salido de mi pecho fué a vibrar en las conchas marinas de los tritones de la fuente.

La sombra se detuvo, como paralizada por la compasión.

—¿Qué más quieres?—me dijo.—He aquí el día, no puedo quedarme.

—¿Y por qué? ¡Si tú quisieras!

—No debo volver a ver el sol de esta tierra. Habito la luz eterna de un mundo más hermoso.

—¡Llévame a ese mundo! no quiero continuar viviendo en éste; y no continuaré, lo juro, si no he de volver a verte.

—Volverás a verme, tranquilízate—dijo.—Espera la hora en que seas digno de ello, y hasta entonces no me evokes más. Te lo prohíbo. Velaré por

ti como una providencia invisible, y el día en que tu alma sea tan pura como un rayo de la mañana, me apareceré a ti por la sola evocación de tu piadoso deseo. ¡Sométete!

—¡Sométete!—repitió una voz grave que resonó a mi derecha.

Me volví y vi a uno de los fantasmas que había visto ya en mi cuarto durante la primera aparición.

—¡Sométete!—repitió como un eco una voz semejante a mi izquierda.

Y vi al segundo fantasma.

Esto no me emocionó, aunque por lo elevado de su estatura y por el timbre profundo de su voz, ambos espectros tuviesen algo de lúgubres. Pero ¿qué me importaba ver u oír cosas horribles? Nada podía arrancarme del encanto en que estaba sumergido. Ni aun me detuve a mirar estas sombras accesorias; buscaba con la vista a mi celeste belleza. ¡Ay! había desaparecido, y ya no veía otra cosa que la inmóvil nereida

de la fuente, en su impasible postura bajo los tonos fríos del mármol teñido de azul por los reflejos de la mañana.

No sé qué se hizo de sus hermanas; no las vi salir. Halléme dando vueltas alrededor de la fuente, como un insensato. Creía estar durmiendo, y en la confusión de mis ideas, me aturdí con la esperanza de no despertarme.

Pero me acordé del anillo prometido y subí a mi cuarto, en donde encontré a Bautista, que me habló sin que yo llegase a saber de qué. Me pareció verle turbado, quizás a causa de la expresión de mi rostro; pero no pensé en interrogarle. Busqué en el hogar y no tardé en reparar en dos piedras desunidas. Esforcéme en levantarlas. Era ello una empresa imposible sin las herramientas necesarias.

Creyéndome, probablemente, loco, Bautista trató de ayudarme con movimiento maquinal.

—¿Ha perdido algo el señor?—dijo.

—Sí, ayer dejé caer ahí uno de mis anillos.

—¿Un anillo?... El señor no lleva anillos, nunca se los he visto.

—Es igual. Procuremos encontrarlo.

Tomó un cuchillo, rascó en la argamasa para ensanchar la hendidura, separó la ceniza y el cemento pulverizado que la llenaban, y sin dejar de ocuparse en satisfacerme, me preguntó cómo era este anillo, con el acento con que hubiera podido preguntarme qué había soñado.

—Es un anillo de oro con una estrella formada por una gruesa esmeralda—respondí con el aplomo de la certidumbre.

Ya no dudó, y desprendiendo una varilla de las cortinas de la vidriera, la encorvó en forma de gancho y alcanzó el anillo, que me presentó sonriendo. Pensaba, sin atreverse a decirlo, que se trataba de un regalo de la señora de Ionis.

En cuanto a mí, apenas lo miré, tan seguro estaba de que era el mismo cuya sombra había visto; era, en efecto, completamente semejante. Me lo puse en el dedo meñique, sin dudar de que había pertenecido a la difunta señorita de Ionis ni de que yo mismo había visto el espectro de esta maravillosa beldad.

Bautista se condujo con gran discreción. Convencido de que había gozado de una aventura deliciosa, me dejó invitándome a acostarme.

Bien puede creerse que no pensaba mucho en ello. Me senté ante la mesa que Bautista había desembarazado de la famosa cena de los tres panes, y para esforzarme en alcanzar de nuevo la embriaguez de mi visión cuyos detalles temía olvidar, me puse a escribir la fiel relación de la misma, tal como acaba de leerse.

Este estado de éxtasis y agitación me dominó hasta después de la salida

del sol. Luego me adormecí un poco, con los codos sobre la mesa, y creí evocar mi ensueño; pero no tardé en perderlo, y Bautista vino a arrancarme de la soledad en que, a partir de entonces, hubiera querido acabar mi vida.

Me arreglé de modo que no hube de bajar al piso inferior hasta el momento de sentarse a la mesa. No me había preguntado aún cómo daría cuenta de la visión; pensé en ello mientras fingía almorzar, pues no comí, y sin sentirme fatigado ni enfermo, experimentaba un disgusto invencible por las funciones de la vida animal.

La viuda, algo corta de vista, no notó mi turbación. Respondí a sus ordinarias preguntas con la misma vaguedad que en los días precedentes; pero esta vez sin representar comedia alguna y con la preocupación de un poeta que siendo preguntado por personas necias sobre el asunto de su poema, responde con ironía en forma evasiva

para librarse de investigaciones embrutecedoras. No sé si la señora de Ionis quedó inquieta o sorprendida al verme así. No la miré, no la vi. Y apenas comprendí lo que me dijo mientras duró el estado de mortal violencia que para mí suponía el almuerzo.

Encontréme, por fin, solo en la biblioteca, esperándola como en los otros días, pero sin impaciencia alguna. Lejos de esto, sentía viva satisfacción en enfrascarme en mis ensueños. Hacía un tiempo admirable: el sol abrasaba los árboles y los terrenos cubiertos de flores, más allá de las grandes sombras transparentes proyectadas por la arquitectura de la residencia sobre los primeros planos del jardín. Yo recorría la sala de uno a otro extremo, deteniéndome cada vez que me encontraba delante de la fuente. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas a causa del calor. Tenían estas cortinas un color azul suave que yo quería ver

verdoso y que en aquel crepúsculo artificial me representaba algo de mi visión; experimentaba un increíble bienestar, una especie de alegría delirante.

Hablaba en alta voz y reía sin saber de qué, cuando sentí que me sujetaban el brazo con bastante fuerza. Volvíme y vi a la señora de Ionis, que había entrado sin que yo lo notase.

—¡Vamos a ver! contésteme; ¡míreme por lo menos!—me dijo algo impaciente.—¿Sabe usted que me da miedo y que no sé qué pensar de usted?

—Usted lo ha querido—le respondí,—he jugado con mi razón; estoy loco. Pero no se lo reproche; soy mucho más feliz así y no deseo curarme.

—¿Es decir—repuso examinándome con inquietud,—que esta aparición no es un cuento ridículo? ¿cree usted por lo menos... la ha visto producirse?

—¡Mejor que la veo a usted en este momento!

—No tome ese tono de orgullo em-

briagado; no pongo en duda sus palabras. Cuénteme con tranquilidad...

—¡Nada! ¡nunca! le ruego que no me pregunte. No puedo, no quiero responder.

—¡En verdad, caballero, la sociedad de los espectros no le prueba a usted bien y va a hacerme creer que le han dicho cosas singularmente lisonjeras, pues le veo orgulloso y discreto como un amante afortunado!

—¡Ah! ¡qué está usted diciendo, señora!—exclamé.—No hay amor posible entre dos seres separados por el abismo de la tumba... Pero usted no sabe de qué habla, ¡no cree usted en nada, se burla de todo!

Me había mostrado tan brusco en mi entusiasmo, que la señora de Ionis se ofendió.

—Hay una cosa de la que no me burlo—dijo con viveza:—mi pleito, y ya que usted me ha prometido por su honor consultar el oráculo misterioso y conformarse con sus decisiones...

—Sí—respondí, cogiéndole la mano con familiaridad tan impropia como serena, y por la que, comprendiendo el estado de mi alma, no se ofendió;—sí, señora, perdone mi turbación y mi olvido. Mi abnegación hacia usted me ha hecho tentar un juego muy peligroso, y debo, por lo menos, darle cuenta del resultado. Se me ha prescrito que obedezca a la intención de mi padre y que le haga ganar su pleito.

Fuera que esperase esta contestación o que pusiera en duda mi lucidez, la señora de Ionis no mostró sorpresa ni contrariedad. Contentóse con alzar los hombros, y, sacudiéndome el brazo como para despertarme,

—Mi pobre joven—dijo,—ha soñado usted, y nada más. Por un momento he compartido su exaltación, he esperado que, a lo menos, volvería usted a la noción de equidad y delicadeza que encierra el fondo de su alma. Pero no sé qué escrúpulos exagerados o qué há-

bitos de obediencia pasiva para con su padre le han hecho oír esas palabras quiméricas. Despréndase de estas ilusiones. No ha habido espectros, no ha habido voz misteriosa; se ha calentado usted la cabeza con la indigesta lectura del antiguo manuscrito y con los cuentos de viejas del padre Lamyre. Voy a explicarle lo que le ha sucedido.

Me habló durante mucho rato; pero fueron en vano mis esfuerzos por escucharla y comprenderla. Por momentos me parecía que estaba hablándome en una lengua desconocida. Cuando vió que nada de lo que llegaba a mis oídos alcanzaba a mi espíritu, se inquietó seriamente por mí, me tomó el pulso para ver si tenía fiebre, me preguntó si me dolía la cabeza y me suplicó que me retirase a descansar. Comprendí que me permitía estar solo, y corrí a echarme sobre mi cama, no porque sintiese la menor fatiga, sino porque continuaba imaginándome que vería la celeste

belleza de mi inmortal, si conseguía dormirme.

No sé cómo transcurrió el resto del día. No tuve conciencia de ello. Al día siguiente por la mañana, vi a Bautista que andaba de puntillas por la habitación.

—¿Qué haces aquí, amigo mío?—le pregunté.

—Estoy velándole, mi querido señor—respondió.—Gracias a Dios, ha dormido usted dos horas completas. Se encuentra mejor, ¿no es verdad?

—Me encuentro muy bien. ¿He estado, pues, enfermo?

—Ha tenido usted un fuerte acceso de fiebre ayer por la tarde y le ha durado una parte de la noche. Es efecto del mucho calor que hace. ¡No se acuerda usted nunca de ponerse el sombrero cuando baja al jardín! ¡Tanto como se lo había encargado su señora madre!

Entró Ceferina a preguntar por mí